

del alma y vé otro abismo fuera de él, es el cielo; el hombre que en ciertas horas se inclina con terror sagrado ante las fuerzas todas de la naturaleza, como al ruido del mar, al murmullo de los árboles, á la sombra de las montañas, á la irradiación de las estrellas; el hombre que no puede levantar la cabeza á lo alto sin que le deslumbre la claridad, ni á la noche sin que le abrume el infinito; el hombre, que no conoce nada, que no vé nada, que no oye nada y que puede ser arrastrado mañana, hoy, á toda hora, por la onda que pasa, por el viento que sopla, por el guijarro que cae, por la hora que suena; el hombre, en fin, ese ser tembloroso, vacilante, miserable, juguete del azar, ludibrio del minuto que se desliza, se levanta de repente en un día dado ante el enigma que se llama vida humana, siente que hay en él algo que es más grande que el abismo, el honor; más fuerte que la fatalidad, la virtud; más profundo que lo ignoto, la fé, y solo, débil y desnudo, dice á todo ese formidable misterio que le sujeta y envuelve: Haz de mí lo que quieras, pero yo haré esto y no aquello; y altivo, sereno, tranquilo, como el buque que arroja su áncora en el Océano, arroja él en el porvenir su juramento, creando con una palabra un punto fijo en esa sombría inestabilidad que llena el horizonte.

Oh, juramento! ¡Confianza admirable del justo en sí mismo! ¡Sublime permiso de afirmar que Dios ha dado al hombre! Desapareciste; ya no existes. ¡Eres otro esplendor del alma que se ha desvanecido!

LIBRO OCTAVO

El progreso incluido en el golpe de Estado.

II

Entre nosotros los demócratas, el acontecimiento del 2 de Diciembre ha herido á muchos corazones sinceros. Desconcertó á aquellos, desanimó á éstos y consternó á todos. Algunos pudieran citar que exclamaron afligidos:—*Finis Polonia!*

En cuanto á mí, puesto que en ciertos casos precisa decir *yo* y hablar de la historia como un testigo, digo en voz alta que he visto ese acontecimiento sin tur-

bacion. Digo más; hay momentos en que, ante el 2 de Diciembre me declaro satisfecho.

Cuando logro abstraerme del presente; cuando consigo poder apartar los ojos un momento de todos esos crímenes, de toda esa sangre vertida, de todas esas víctimas, de todos esos proscritos, de esos pontones en donde se agoniza, de esos calabozos de Lambessa y Cayena en donde se muere con rapidez, de este destierro en donde se muere lentamente, de esa votación, de ese juramento, de esa inmensa mancha de oprobio arrojada sobre la Francia, que de día en día vá dilatándose más y más; cuando, olvidando por algunos minutos tan dolorosos pensamientos, martirio habitual de mi espíritu, logro encerrarme en la severa frialdad del político y á no considerar el hecho y sí solo sus consecuencias, entonces, en medio de los muchos y desastrosos resultados indudables, preséntanse me progresos reales, considerables, enormes, y soy de aquellos á quienes el 2 de Diciembre indigna, pero no de aquellos á quienes aflige.

Fijos los ojos en ciertos puntos del porvenir, acabo por decirme: El acto es infame, pero el hecho es bueno.

Se ha tratado de explicar bajo cien maneras la inexplicable victoria del golpe de Estado.

Unos dicen: Verificóse el equilibrio entre las diversas resistencias posibles, que quedaron neutralizadas las unas por las otras.

Otros: El pueblo tuvo miedo á la clase media, y la clase media tuvo miedo al pueblo.

Otros: Los arrabales vacilaron ante la restauración de la mayoría, temiendo, sin razón no obstante, que su victoria no llevase consigo al poder aquella derecha tan impopular; los tenderos retrocedieron ante la República roja.

Otros: El pueblo no comprendió; las clases medias tergiversaron.

Han dicho otros: ¿Qué logramos con entrar en el Palacio legislativo?

Otros: ¿Qué vamos á ver en el Palacio del Concejo?

En fin, la ruda represión de Junio de 1848; la insurrección sofocada á cañonazos; las corridas, las casamatas, las deportaciones, recuerdos terribles y vivos aun en la memoria, se prestaban á varias interpretaciones.

Además, decían algunos, ¡si se hubiese podido tocar á llamada! ¡Si una sola legión se hubiese echado á la calle! ¡Si

M. Sibour hubiera sido M. Affre y se hubiera arrojado ante las balas de los pretorianos! ¡Si la Alta Cámara no se hubiese dejado cazar por un cabo! ¡Si los jueces hubieran hecho como los representantes y se hubieran visto las túnicas encarnadas en las barricadas como se vieron las bandas! ¡Si se hubiera frustrado un solo arresto! ¡Si hubiese vacilado un solo regimiento! ¡Si la matanza del boulevard no hubiera tenido lugar ó hubiérase tornado contra Luis Bonaparte! etc. etc.

Todo ello es verdad, y por lo tanto sucedió lo que debía suceder.

Repitámoslo: con aquella monstruosa victoria y á su sombra se consiguió inmenso y definitivo progreso.

El 2 de Diciembre acertó, y por más de un punto de vista era bueno quizá que él acertase.

Todas las explicaciones son justas y al mismo tiempo inútiles. La mano invisible ha mediado en todo ello. Luis Bonaparte cometió el crimen: la Providencia sacó el resultado.

Era necesario, en efecto, que el orden llegase al fin de su lógica. Era necesario que se supiese, y que se supiese para siempre, que en boca de los hombres del pasado la palabra orden significa falso juramento, perjurio, pillaje de los fondos públicos, guerra civil, consejos de guerra, confiscación, secuestro, deportación, transportación, proscripción, fusilamientos, policía, censura, deshonor del ejército, negación del pueblo, mengua de la Francia, Senado mudo, tribuna derribada, prensa suprimida, guillotina política, ahorcamiento de la libertad, estrangulación del derecho, violación de las leyes, soberanía del sable, matanza y traición.

El espectáculo que se tiene á la vista es un espectáculo útil. Lo que se vé en Francia desde el 2 de Diciembre es la orgía del orden.

Es indudable que la Providencia contribuyó al acontecimiento.

Pensad en que desde cincuenta años la República y el Imperio llenaban las imaginaciones; el uno con sus reflejos de terror, el otro con sus fulgores de gloria. De la República no se veía más que el 1793, es decir, las formidables necesidades revolucionarias, la hornaza; del Imperio no se veía más que Austerlitz. De ahí la prevención contra la República y el prestigio para el Imperio.

Pero ¿cuál es el porvenir de la Francia? Es el Imperio? No; es la República.

Importa derrocar tal situación, suprimir el prestigio de lo que no puede revivir y suprimir la preocupación en contra lo que debe ser; la Providencia lo ha hecho y ella es quien ha destruido esos dos espejismos. Vino Febrero y quitó el terror á la República; vino Luis Bonaparte y quitó el prestigio del Imperio. Desde hoy, 1848, ó sea la fraternidad, se sobrepone al 1793, ó sea el terror; es decir, Napoleón el Pequeño se sobrepone á Napoleón el Grande.

Las dos cosas imponentes, de las que la una amedrentaba y la otra deslumbraba, retroceden por la combinación del mismo plan.

El 93 no se distingue más que al través de su justificación y Napoleón al través de su caricatura. El loco temor de la guillotina se disipa; la vana popularidad imperial se desvanece.

Gracias al 1848, la República ya no espanta; y gracias á Luis Bonaparte, el Imperio ya no fascina.

El porvenir se ha hecho posible. Tales son los designios de Dios.

Además, la palabra República no basta; es necesaria la cosa República.

Pero tendremos la cosa y la palabra. Desarrollemos nuestro pensamiento.

III

Mientras esperamos las simplificaciones maravillosas, aunque ulteriores, que nos traerá un día la unión de la Europa y la federación democrática del continente, ¿cuál será en Francia la forma del edificio social, de la cual vé ya el pensador, á través de tenebrosas dictaduras, los vagos y luminosos contornos? Ved cuál será esa forma.

El municipio soberano, regido por un alcalde electo; el sufragio universal por todas partes, subordinado, solamente en lo que se refiere á los actos generales, á la unidad nacional: esto en cuanto á la administración. Los sindicatos y los prohombres arreglando las diferencias privadas de las asociaciones y de las industrias; el jurado, magistrado del hecho, ilustrando al juez, magistrado del derecho; el juez electo: esto en cuanto á la justicia.

El sacerdote fuera de todo, menos de la Iglesia, viviendo con la vista fija en el libro y en el cielo, extraño al presupuesto, ignorado del Estado, conocido solo de sus creyentes, no teniendo autoridad alguna, pero sí libertad: esto en cuanto á la religión.

La guerra limitada á la defensa del

territorio; la nacion con Guardia nacional, dividida en tres rangos y pudiéndose levantar como un solo hombre: esto es en cuanto al poderío.

Siempre la ley, siempre el derecho, siempre el voto, nunca el sable.

Y á este porvenir, á esta magnífica realizacion del ideal democrático, ¿cuáles eran los obstáculos que se oponian?

Habia cuatro obstáculos materiales, que son:

- El ejército permanente;
- La administracion centralizada;
- El clero funcionario,
- Y la magistratura inamovible.

III.

La nacion ignoraba lo que eran esos cuatro obstáculos, ya durante la República de Febrero, ya durante la Constitucion de 1848; qué males producian, de qué beneficios nos privaban, qué clase de pasado eternizaban y qué excelente orden social hacian retardar; solo el publicista lo entreveia; la filosofía lo ignoraba.

Esas cuatro instituciones enormes, antiguas, sólidas, apuntaladas unas con las otras, confundidas en su base y en su cúspide, creciendo como un bosque de corpulentos y añosos árboles, cuyas raíces deslizábanse bajo de nuestros piés, y cuyas ramas se elevaban sobre nuestras cabezas, ahogaban y aplastaban donde quiera los gérmenes esparcidos de la Francia nueva.

Donde existió la vida, el movimiento, la asociacion, la libertad local y la espontaneidad comun, estaba el despotismo administrativo; donde existió la vigilancia inteligente, armada en caso preciso, del patriota y del ciudadano, estaba la obediencia pasiva del soldado; donde la viva fé cristiana brotó en otros tiempos, estaba el sacerdote católico; donde habia imperado la justicia, estaba el juez, y sin embargo, el porvenir estaba allí debajo de los piés de generaciones que sufrían y que esperaban.

Se sabia esto en el pueblo? ¿Se sospechaba? Se adivinaba?

No.

Estaba lejos de conocerlo. A los ojos de la mayoría y de las clases medias en particular, esos cuatro obstáculos eran cuatro columnas.

Magistratura, ejército, administracion, clero, eran las cuatro virtudes del orden, las cuatro fuerzas sociales, las cuatro columnas sagradas del antiguo templo

de la gloria de Francia. Nadie se atrevia á atacarlas.

No vacilo en decir que sin el estado de ofuscacion de los más claros entendimientos respecto á la marcha metódica del progreso normal en nuestras Asambleas, de las cuales no se me supondrá su detractor, no se dejan gobernar voluntariamente más que por el término medio; si el 2 de Diciembre no hubiera ostentado descaradamente su significacion, y en él la Providencia no hubiese intervenido, la Francia hubiera quedado condenada indefinidamente á la magistratura inamovible, á la centralización administrativa, al ejército permanente y al clero funcionario.

No pretendo discutir ni menguar el poder de la tribuna y el poder de la prensa combinados, que son las dos grandes palancas de la civilizacion; pero considerad, sin embargo, cuántos esfuerzos de todo género habrian sido precisos en todos sentidos y bajo todas formas por parte de la tribuna y del periódico, por parte del libro y de la palabra, para llegar á desacreditar la preocupacion universal favorable á esas cuatro instituciones fatales. Y si esto es así, ¿cuántos no habrian sido precisos para destruirlas y para vencer las resistencias interesadas, apasionadas ó ignorantes; para ilustrar á fondo la opinion pública, las conciencias y los poderes oficiales, y para introducir esas cuatro reformas, primero en las ideas y despues en las leyes?

Contad los discursos que hubieran sido precisos, los escritos, los artículos de periódicos, los proyectos de ley, los contraproyectos, las enmiendas, las subenmiendas, las proposiciones, las contraproposiciones, los hechos, los incidentes, las polémicas, las discusiones, las afirmaciones, los mentís, las borrascas, los pasos hácia adelante, los pasos hácia atrás, los días, las semanas, los meses, los años, el cuarto de siglo, el medio siglo.

IV.

Supongo en los bancos de la Asamblea más intrépida de hombres pensadores un entendimiento brillantísimo; uno de esos hombres que, cuando se ponen de pié en la tribuna, toman á ésta como la trípode del oráculo, se engrandecen bruscamente y se transforman en colosos, y levantando la cabeza por encima de las densas apariencias que desfiguran las realidades, ven distintamente el por-

venir por encima de la alta y sombría muralla del presente.

Ese hombre, ese orador, ese profeta, predice á su país; sabe dónde están los escollos; sabe que la sociedad se puede derrumbar precisamente por esos cuatro falsos puntos de apoyo, que son: la centralizacion administrativa, el ejército permanente, el juez inamovible y el sacerdote asalariado; y porque lo sabe y quiere que todos lo sepan, sube á la tribuna y dice:

—Os denuncio cuatro peligros públicos. Vuestro orden político lleva en sí mismo el veneno que ha de matarlo. Es preciso transformar radicalmente la administracion, el ejército, el clero y la magistratura; suprimir aquí, restringir allá, rehacerlo todo, ó perecer bajo esas cuatro instituciones, que considerais como elementos de duracion y que solo son elementos de disolucion.

Murmullos.

El orador exclama:

—¿Sabeis qué resultado puede dar en manos de un poder ejecutivo perjuro la administracion centralizada? La inmensa traicion fraguada á un mismo tiempo en toda la Francia por todos los funcionarios de ella.

Los murmullos estallan otra vez y con más violencia.

Se llama al orden.

Continúa el orador:

—¿Sabeis en qué puede convertirse un día dado vuestro ejército permanente? En un instrumento de crimen. La obediencia pasiva es la bayoneta eternamente puesta sobre el corazón de la ley. Sí, aquí mismo, en esta Francia, que es la iniciadora del mundo; en esta tierra de la tribuna y de la prensa; en esta patria de la humana idea, puede sonar la hora en que impere el sable; en que vosotros, legisladores inviolables, seais cogidos del cuello por algunos cabos de escuadra; en que nuestros gloriosos regimientos se transformen, en provecho de un hombre y para la vergüenza de un pueblo, en hordas doradas y en bandas pretorianas; en que la espada de la Francia sea algo que hiera por detrás como el puñal de un esbirro; en que la sangre de la primera ciudad del mundo, asesinada, salpique la charretera de oro de vuestros generales.

El murmullo se convierte en tumulto; por todas partes se grita: "¡Al orden!"

Se interpela al orador:

—Su señoría acaba de insultar á la

Administracion y ahora ultraja al ejército.

El presidente llama al orador al orden.

El orador continúa:

—Y si llegase un día en que un hombre, pudiendo disponer de los quinientos mil funcionarios que componen la Administracion y de los cuatrocientos mil soldados que constituyen el ejército, derribara la Constitucion, violara todas las leyes, infringiera todos los juramentos, destruyera todos los derechos, cometiera toda clase de crímenes, ¿sabeis lo que haria vuestra magistratura inamovible, tutora del derecho, custodia de las leyes? Sabeis lo que haria? Callarse...

Los clamores impiden al orador terminar la frase. El tumulto se convierte en tempestad.

—Ese hombre no respeta nada! dice uno.

—¡Despues de la Administracion y del ejército, arrastra por el lodo la magistratura! dice otro.

—La censura! La censura! exclama la mayoría.

El orador es censurado con inscripcion para un proceso verbal.

El presidente le declara que si continúa, se consultará á la Asamblea y se le retirará la palabra.

Prosigue el orador:

—Y vuestro clero asalariado! ¡Y vuestros obispos funcionarios del Estado! ¡El día que un pretendiente cualquiera empleara para sus atentados la Administracion, la magistratura y el ejército; el día en que todas esas instituciones destilaran sangre vertida por el traidor y para el traidor, ¿sabeis lo que harian vuestros obispos, colocados entre el hombre que haya cometido los crímenes y Dios que manda fulminar el anatema al criminal? Prosternarse, no ante Dios, sino ante el hombre.

Gritería furiosa y millares de imprecaciones acogieron estas palabras. Figuros los gritos, los apóstrofes, las amenazas, la Asamblea entera levantándose en masa, la tribuna escandalizada y apenas protegida por los ujieres...

El orador ha profanado sucesivamente todas las arcas santas, acabando por atacar al santo de los santos, al clero. Y despues, qué supone todo eso? ¿Qué cúmulo de hipótesis imposibles é infames!

¿Quién no oye allí vociferar á Baroche y tronar á Dupin?...

El orador que hiciera esto seria llamado al orden, censurado, multado, exclui-

do de la Cámara como Pedro Leraux y Emilio de Girardin, y ¡quién sabe! quizá expulsado como Manuel.

Al día siguiente diría indignado el propietario:—Muy bien hecho!

Por todas partes los periódicos del orden amenazarían con el puño al calumniador.

Y en su propio partido, hasta sus mejores amigos que se sientan con él en su mismo banco, le abandonarían, diciendo:—Suya es la culpa! ¡ha ido tan lejos! ¡ha supuesto tales quimeras y absurdos!...

Y después de su generoso y heroico esfuerzo, encontraría el orador que las cuatro atacadas instituciones serían más venerables y más impecables que hasta entonces, y que en vez de hacer avanzar la cuestión, solo consiguió hacerla retroceder.

v.

Pero la Providencia obra de otro modo que los mortales. La Providencia, cuando dispone que haya un cambio radical en la humanidad, lo expone espléndidamente á la vista de todos y dice:—Mirad, y todos lo ven.

Llega un hombre una mañana; ¿qué hombre? Cualquiera; el primer advenedizo, el último que llega; un hombre sin pasado, sin porvenir, sin génio, sin gloria, sin prestigio.

Pero es un aventurero? ¿Es un príncipe?

Es un hombre con las manos llenas de dinero, de billetes de Banco, de acciones sobre ferro-carriles; con placas, condecoraciones, prebendas; un hombre que soborna á los empleados y les dice:—Empleados, haced traición.

Y los empleados le complacen.

—Todos sin escepcion?

—Sí, todos.

Un hombre que se dirige á los generales y les dice:—Generales, matad.

Y los generales matan.

Que se vuelve á los jueces inamovibles y les dice:—Magistratura, rompo la Constitución, voy á ser perjuro, disuelvo la Asamblea soberana, apreso á los inviolables representantes, robo las cajas del Tesoro, séquestro, confisco, mando á presidio al que quiero, deporto á mi antojo, ametrallo sin intimación, fusilo sin formación de causa, cometo todo lo que se ha convenido en llamar crimen, violo todo lo que se ha dado en llamar derecho; mirad: las leyes están bajo mis pies.

La magistratura le contesta:—Señor, haremos la vista gorda.

—La vista gorda! insolentes! repícalos ese hombre providencial; eso sería ultrajarme; lo que quiero es que me secundéis.

—Jueces, venid á felicitar me hoy, que soy la fuerza y el crimen, y mañana, los que se hayan resistido á esa orden, aquellos que representan el honor, el derecho y la ley, serán juzgados y también condenados por vosotros. Los jueces inamovibles hincan la rodilla, besan las botas de su señor, corren á instruir *el proceso de los perturbadores*, y después de cometer esa villanía, aun le prestan juramento.

Luego percibe en un rincón al clero, dotado, reluciente, con báculo, capa y mitra, y le dice:—Ah! ¿estás ahí tú, arzobispo? Acércate; bendíceme.

Y el arzobispo, con gran pompa y ceremonia, entona el *Magnificat*.

vi.

¡Ah, qué cosa tan sorprendente y qué enseñanza! *Erudimini*, diría Bossuet.

Los ministros creyeron que disolvían la Asamblea y han disuelto la Administración.

Los soldados tiraron sobre el ejército y lo mataron.

Los jueces creyeron juzgar y condenar inocentes, y juzgaron y condenaron á muerte la magistratura inamovible.

Los sacerdotes imagináronse cantar un hosanna á Luis Bonaparte, y cantaron un *De profundis* al clero.

vii.

Cuando Dios quiere destruir una cosa, hace que ésta se destruya por sí misma.

Todas las instituciones perjudiciales del mundo acaban por suicidarse.

Cuando han pesado mucho tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el Sultán á sus visires, les envía la cuerda ó el cordón con un nudo, en el que ellos mismos se ahorcan.

Luis Bonaparte es el nudo de la Providencia.



CONCLUSION

PRIMERA PARTE.

Pequeñez del amo; abyección de la situación.

i.

Estad tranquilos, amigos de la humanidad, que la historia juzgará con justicia á Napoleon el Pequeño.

Pero si le halaga la idea de que ésta le vanaglorie; si, como es probable, cree que ha de aplaudirle por su valor como malvado político, aparte de su pensamiento semejante ilusión.

No se imagine que porque ha amontonado horrores sobre horrores, se elevará jamás á la altura de los grandes bandidos históricos.

Nosotros hemos quizá procedido con ligereza en algunas páginas de este libro aquí y allá esparcidas, parangonándole con ellos.

Aunque ha cometido crímenes enormes, siempre resultará mezquino; jamás será otra cosa que el estrangulador nocturno de la libertad; el hombre que embriagó á los soldados, no con la gloria, como el primer Napoleon, sino con el vino, jamás dejará de ser el tirano pigmeo de un gran pueblo. La índole del individuo niégase en todos sentidos á la grandeza, hasta á la grandeza de la infamia.

Como dictador es un bufon; como emperador, grotesco.

Su destino en la historia consistirá en hacer encoger de hombros con indiferencia al género humano. ¿Por esto será menos rudamente censurado? No; el orden no se opone á la cólera; será siempre odioso al mismo tiempo que ridículo. La historia, al propio tiempo que rie, fulmina rayos.

Ni los más indignados le colocarán en otro lugar.

Los grandes pensadores se complacen en castigar á los grandes déspotas, y algunas veces los engrandecen más de lo justo para hacerlos dignos de su furia; pero no es posible que el historiador trate así á Napoleon el Pequeño. El historiador solo podrá presentarlo á la posteridad cogiéndole de la oreja como si fuera un pilluelo.

Despojado de su éxito, caído del pe-

destal y caído en el polvo, sin oropes, sin adornos y sin el sable marcial, desnudo y tembloroso su raquíptico esqueleto, quedará ruin, miserable y digno de lástima.

La historia tiene sus tigres.

Los historiadores, guardas inmortales de animales feroces, presentan á las naciones la casa de fieras imperial.

Tácito solo, ese gran cazador de los tiempos antiguos, cogió y encerró diez ó doce de estos tigres en las cajas de hierro de su estilo. Miradlos, son espantosos y soberbios; sus manchas realzan más su hermosura.

Este es Nemrod, el cazador de hombres; ese Busiris, el tirano de Egipto; aquel Falario, que mandó asar hombres vivos dentro de un toro de cobre, para que mugiese el toro; este es Asuero, que arrancó la piel de la cabeza á los siete macabeos y los metió en un horno encendido; ese es Neron, el incendiario de Roma, que cubria de cera y de betún á los cristianos, encendiéndoles como si fuesen antorchas; aquel es Tiberio, el héroe de Caprea; este es Domiciano; ese, Caracalla; aquel, Heliogábalo; el de más allá Cómodo, que tiene, además de sus hazñas, el horrible mérito de ser hijo de Marco Aurelio.

En esta jaula vereis varios czares, en aquella sultanes, en la otra papas. Observad entre ellos al tigre Borgia; ahí teneis á Felipe, llamado el Bueno, como las fúrias se llamaban Euménides; allí á Ricardo III, siniestro y deforme; más allá á Enrique VIII, que de cinco mujeres que tuvo mató á tres y abrió el vientre á otra; á este lado teneis á Cristiano II, el Neron del Norte; á este otro á Felipe II, el demonio del Mediodía.

Escuchad los rugidos de esos tigres espantosos y contempladles uno tras de otro; el historiador os los presenta, os los acerca curiosos y terribles á la delantera de la jaula; mirad cómo os abren las bocas, os enseñan los dientes y os muestran las garras; podeis decir de cada uno de ellos que es un tigre real. Efectivamente, han sido cazados todos en los tronos, y la historia los pasea á través de los siglos, procurando que no mueran. Como son sus tigres, por eso los cuida, pero no los mezcla con los chacales; á los animales inmundos los pone y guarda aparte.

Bonaparte será encerrado como Claudio, como Fernando VII de España y como Fernando II de Nápoles, en la jaula de las hienas.